

## MEDITACION.

*Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios.*

PUNTO PRIMERO — Considera, que estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin reserva, y sin perdonarnos en nada; por la misma razon debemos estar prontos á dejarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradecerle. Esta es consecuencia precisa del primer mandamiento.

Solo nos atamos á las criaturas por el corazon; los lazos son las inclinaciones y la complacencia; donde hay mas nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazon; si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, poco nos costará el sacrificarle el amor de todas las criaturas, porque las amaremos muy poco.

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y todos los demás sacrificios que parecen dificultosos, solamente son sensibles por los lazos que es necesario romper; pues el amor de Dios los consume, los abraza todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

¿Pero no merece Dios ese gran desasimiento, esos grandes sacrificios? Compasion causa oír esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en que idolatramos. Tenémoslos como en depósito; y á lo mas como en arriendo. Si tenemos talentos, él nos los dió, y nos los dió para negociar con ellos; nos ha de pedir estrecha cuenta de su administracion; concediónos no mas que el uso de ellos por cierto tiempo; prestónoslos por pocos dias, y hablando en rigor, solo somos unos meros arrendatarios del Padre de familias. ¿Puede haber mayor estravagancia, mayor locura que resistirse á restituir esos bienes, cuando clama por ellos su legítimo dueño?

Admiremos la bondad de nuestro gran Dios; quiere que le concedamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia. Quiere que hagamos mérito de lo mismo que le debemos; quiere que le regalemos con lo que es suyo; porque en realidad ¿qué podemos ofrecerle, ni sacrificarle que sea nuestro? Premia Dios en nosotros sus mismos dones. ¡Qué indignidad, Señor, y qué injusticia no querer daros cosa alguna sin repugnancia y sin dolor! ¡y que sean menester infinitos discursos, mandamientos

espresos, y aun tambien amenazas para concederos aquello, que un accidente repentino nos puede quitar en cualquier hora! ¡Qué mala vergüenza! digámoslo mejor, ¡qué falta de religion, sentir dificultad en dar por su amor! ¿qué digo por su amor? en darle á él mismo una corta limosna de sus mismos bienes! ¡y luego nos admirarémolos de que aquellas casas opulentas vengan á caer en la mayor miseria; de que aquellas ricas herencias no lleguen á la tercera generacion; de que los piratas se aprovechen, y las olas se traguen en una hora el fruto de muchos años; de que un infiel corresponsal se levante con todos esos caudales de que rehusamos á Dios una pequeña parte!

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que no solo es justicia, sino interés nuestro dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo, sino para darnos mucho mas. Nada le damos, á que no corresponda prontamente con el cien doblado.

*El que dejare por mí y por el Evangelio á su padre, su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á sus bienes, recibirá de presente el cien doblado, y despues la vida eterna.* Dignóse el divino Salvador explicar este cien doblado para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien, que no dilata para tan allá el premio de los que le sirven con generosidad; desde luego, y aun en esta vida recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del dia de la vida se da el cielo; pero el cien doblado se paga dentro del mismo dia, y al fin de él no se hace caso del cien doblado, ni entra en cuenta para el premio.

Ni reciben luego visiblemente este cien doblado solo aquellas personas religiosas que lo renunciaron todo efectivamente; tambien le reciben todos aquellos, que obligados por su estado á conservar el uso de los bienes temporales, se los sacrifican á Dios con el corazon, por medio de un perfecto y sincero desasimiento de ellos. Págalos Dios este despego, y recibe como sacrificio efectivo el que no es mas que efectivo desprendimiento. De aqui nacen aquellas bendiciones espirituales y temporales que derrama el Señor de ordinario sobre los buenos; de aqui aquellos recursos nunca imaginados, que tanto los alientan; de aqui aquellas prosperidades jamás esperadas, que suelen ser fruto de la religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios! ¡qué de misterios ocultos revelará la muerte!

Dirás que no se experimenta ese cien doblado. Bien; ¿pero

se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿se da con todo el corazón lo que se tiene? ¿se deja sin dolor lo que se posee? ¿no se suspira jamás por lo que se dejó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese espíritu de adquirir, esa ansia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restitución á pesar de tantos remordimientos, esos salarios tan disputados, esa dificultad en dar limosna, ¿todo esto es prueba de un grande desasimiento? ¿es testimonio de que nuestro corazón está pronto á los grandes sacrificios? ¡Ah! que está muy asido á los bienes temporales, que cada día se multiplican los lazos, ¡y despues nos quejarémos de que no recibimos el cien doblado!

¿Cuándo podré, Dios mio, decir con vuestro Apóstol: *Señor, ves aquí que todo lo he dejado por vos?* ¿cuando me aprovecharé del grande ejemplo que me da S. Guillelmo abad de este perfecto desasimiento? ¿esperaré, por ventura, á que la muerte me lo quite para decir que lo he dejado, y que os sigo? No, divino Salvador mio, que entonces seria muy inútil el dolor y el arrepentimiento. No quiero ya tener pegado mi corazón á cosa criada. Todo lo dejo por seguiros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

JACULATORIAS. — ¿Qué puedo yo, Dios mio, desear en el cielo, ni en la tierra fuera de vos? (*Psalm. 72.*)

¿A qué parte, ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor, si solo vos teneis palabra de vida eterna? (*Joan. 6.*)

#### PROPOSITOS.

1 Jesucristo dió por tí hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo! ¡Cosa estraña! Nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida: todas las criaturas nos predicán sus dones; solo de su liberalidad esperamos todo aquello que apetecemos; ¿y con todo eso cuánto negamos á Dios? ¿obedecemos su voluntad, y observamos con puntualidad y con respeto sus santos mandamientos? ¿son muy exactas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante materia es esta para confundirnos y para sobresaltarnos. Bien notoria nos es la voluntad de Dios por la Iglesia, por los superiores, por los directores y por nuestras reglas. Considera si la cumples con fidelidad, y si en nada te opones á ella. Mucho tiempo ha que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificación y de ese re-

sentimiento; ¿cuando has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este día sin que pongas en ejecución lo que tanto tiempo ha estás prometiendo inútilmente.

2 Pocos días hay, y dentro de los días pocas horas en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun sacrificio; una palabrita, una vista curiosa, un levisimo acto de mortificación puede ser muchas veces de gran mérito. No te se pase día sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oración de la mañana cual ha de ser el de aquel día. Unas veces tal bocado, otras tal plato, otras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversion, tal gusto. Tambien podrás sacrificarle la resolución de hacer una visita de atención, ó de cariño, á tal, ó tal persona que te ha desobligado, y á quien ya miras con frialdad, y con resentimiento. Estas son aquellas industrias espirituales con que se fabrican los santos. Ya en otra parte se dijo lo mucho que agrada á Dios la piadosa práctica de algunos, que el primer día del año sacan por suerte la fruta de que se han de abstener en todo el por su divino amor. Verdaderamente que el amor de Dios es ingenioso.

#### DIA XXVI.

#### MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JUAN Y PABLO, hermanos, en Roma en el monte Celio: Juan era mayordomo, y Pablo primer secretario de Constancia virgen, hija del emperador Constantino; los cuales en tiempo de Juliano apostata fueron degollados y coronados con el martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VIGILIO, obispo, en Trento; el cual esforzándose á estirpar de raíz la idolatría, fué apedreado por la barbarie y ferocidad de aquellos habitantes (esto es, por una turba de idolatras á quienes ofendia con sus discursos y sermones), y consumó el martirio en defensa del nombre de Cristo.

EL TRIUNFO DE SAN PELAYO, jóven, en Córdoba en España; el cual confesando la fe católica, por orden de Abderramen rey de los sarracenos, fué despedazado miembro por miembro con unas tenazas de hierro, consumando así gloriosamente su martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL SUPLICIO DE LOS SANTOS SALVIO, obispo de Angulema, y SUPERIO, mártires, en Valencienes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA CONMEMORACION DE SAN ANTELMO, obispo de Belley.

SAN MAJENCIO, presbítero y confesor, en una aldea de Poitou, esclarecido en milagros. (Este Santo nació en Agda, y fué bautizado con el nombre de Adjutorio, que cambió con el de Majencio, cuando huyen-